

EL CORREO DE LA MODA,

PERIÓDICO DE LITERATURA, EDUCACION, TEATROS, LABORES Y MODAS.

Los artículos contenidos en este número son propiedad.

SUMARIO. *Revista de Modas*, por D.^a Aurora Perez Miron.—*La Estrella de los Mares*, por D.^a Angela Grassi.—*El Terremoto* (poesía), por D. Antonio Arnao.—*La Cruz del Olivar* (continuacion), por D.^a Faustina Saez de Melgar.—*Meditacion* (poesía), por D.^a Antonia Diaz de Lamarque.—*Las Siete Palabras*, por D. Pedro de Vera.—*LÁMINAS: Figurin* núm. 846.—*Figurin de peinados*.—*Pliego de Dibujos y Patrones*.

REVISTA DE MODAS.



POCA poco oportuna os parecería esta, mis bellas lectoras, para fijar vuestra atencion en la superficialidad de la Moda, si ella, con un ingenio y travesura que le honran, no supiera imponerse lo mismo para la animacion del baile, que para la severidad del templo. Es la época del año en que el creyente se dedica á la contemplacion de los mas grandes misterios de la religion, y el indiferente que visita el templo, dominado por el sentimiento general, oyendo la voz de su conciencia se prosterna y reza... ¡Bendita sea esta época del año que por un momento aparta nuestros ojos de la tierra para volverlos al cielo!

La Moda que, como antes decimos, sabe hacerse necesaria en todas las circunstancias, tiene atareadas á nuestras mejores modistas, que concluyen trajes de tanto gusto como riqueza: los hemos visto en moiré antique pensamiento, adornados de bieses de raso de igual color en el cuerpo y peplum, y de moiré negro con flores brochadas, negras tambien, ricamente adornados de terciopelo negro y encajes.

Estos trajes ricos llevan falda muy nesgada, lisa en lo general, y con estensa cola, la que se suprime decididamente en trajes mas sencillos de calle y paseo, que se hacen cortos, con doble falda de la misma tela, bien ondeada la segunda sobre la primera, y recogida además en cada onda por patas de la misma tela, bien simplemente ó repitiendo en ella el adorno de la anterior.

En este género de trajes recomendamos á nuestras lectoras uno de paño ó cachemir gris (*figurin* 846), de falda corta, sin vuelo por arriba y terminada por una ancha cinta de terciopelo negro, y dos mas estrechas encima: sobre-falda igual cortada á grandes ondas y guarnecida del mismo

modo, con un cuadro de terciopelo que ocupa al aire el ángulo de la onda. Patelot de igual tela y adornos, corto y de forma holgada, y sombrero de terciopelo negro con ala de terciopelo grosella y velo negro.

Contrastando con la sencillez de este traje, recomendamos otro para visita, ó paseo en carruaje, de falda de raso azul, nesgada, con gran cola, y sobre-falda de terciopelo marron, abierta en solapa á los costados, y toda orillada de piel de cisne (*figurin* citado). Paletot de terciopelo marron, ceñido al talle con cinturon de raso azul, y guarnecido de cisne, completándole una esclavina de raso piqué, *bastillada*, como las solapas y bolsillos, y tambien orillada de cisne. Sombrero de terciopelo azul guarnecido de encaje blanco, con pluma y bridas blancas, debe acompañar á este suntuoso traje.

La Moda se inclina cada vez mas por las telas, hechas y adornos, al gusto recargado, siendo una necesidad el traje sencillo y corto, si no se ha de estar siempre de ceremonia. Decididamente en los trajes de la nueva estacion, continúa la falda nesgada, reduciéndose cada vez mas el miriñaque, y como despues de los dias de Semana Santa vendrá la Pascua florida, con sus ecos de alegría, su animacion, su sol y sus perfumes, justo es tener al corriente para entonces á nuestras bellas lectoras de las novedades de primavera.

Jamás las fábricas de tejidos han mostrado mas variedad y gusto que este año, influyendo quizá en tan benéfico resultado la *Exposicion de Paris*, torneo industrial, donde cada uno trata de llevar la mejor parte! En sedería el *poult de soie*; el moiré antique, tela rica que excluye todo género de adorno, lo que no es de pequeña importancia; el grós de Paris brochado; el poplin de seda, y el grós grain muestran su incomparable riqueza en fondos lisos, chinés ó



sembrados, que son la novedad de la estación. Para trajes mas modestos, está siempre el glasé y el foulard, telas que ocupan todos los años un lugar distinguido entre los géneros de primavera, y que en este muestran gusto especial en sus dibujos: sus fondos son en general blancos ó de suaves medios tonos, sembrados de flores, de palmas, de espigas, de hojas secas, de anillos, ó de coronas. Para el corte actual de las faldas, las listas eran grave inconveniente, y este año vienen disposiciones menudas que armonizan mejor con la forma de los trajes.

Siguiendo la escala natural de las telas de primavera, entran despues el pelo de cabra; el linon inglés; tafetan de lana, ó sea alpaca fina; sultana, pelo de cabra superior; moiré de lana, y una tela de novedad llamada *musgo marino*, de la que se harán trajes completos de mañana y campo. No se dirá que la nueva estación deja de ofrecer novedades á todos los gustos y todas las fortunas! En la nomenclatura anterior se encuentran trajes desde la mayor riqueza á la mayor humildad! La elegancia presidirá en todos, si la persona que haya de usarlos sabe darles ese sello de distincion, que de ningún modo reside solo en la riqueza.

Los paletos cortos y holgados, terminados por picos ó pequeñas ondas, son la necesidad de la estación, pero éstos no escluyen de ningún modo los paletots ceñidos con cinturón encima y largos cabos flotantes, que son los aceptados por la generalidad de las jóvenes.

Los sombreros de primavera, sombreros pequeñísimos, inadmisibles para el invierno, pero de encantadora frescura y coquetería para entretiempo y verano, son verdaderas alhajas, verdadero adorno primaveral! Hácense de tul y crespon, unos imitando á una rosa, que ocupa la parte superior del peinado, otros una pequeña escarapela ó una

concha, de la cual se escapan alrededor menudas perlas: algunos tienen copa ovalada y ala pequeña caída sobre la frente, otros son un verdadero cuadro, cuyas puntas van hácia la frente, moña y orejas, y los hay que se enriquecen con velete por detrás, á los que llaman nuestros vecinos *mantilla española*, para ponderar su airosa gracia. Todos estos modelos se adornan de encajes, de perlas y de flores, llevando las últimas la mejor parte.

Háblase como novedad de la estación, de generalizar la manga perdida sobre otra justa de igual tela. La reforma tiene condiciones de éxito por su majestad y elegancia; pero justo es decir que hasta ahora se acoge con cierta reserva. Tal sucede en todos los cambios radicales de la Moda! No obstante, para trajes suntuosos la recomendamos desde luego.

A la novedad que ya indicamos en nuestra última revista de los *peplum* de cuentas, tenemos hoy que añadir la de las *cinturas egipcias*. ¿Recordais la ostentosa cintura de Selika en la *Africana*? Pues eso, lectoras mías, eso ni mas ni menos os prescribe la Moda en sus últimos decretos. Solo que en vez de llevarse de rica pedrería, se confecciona de azabache, ó de cristal blanco ó de colores. Su forma consiste en un cinturón, del que descende un enrejado circular terminado por fleco, subiendo de la cadera, para volver á descender por detrás. Este adorno sobre los trajes actuales que carecen de vuelo por arriba, es del mejor efecto, y para trajes de calle se hace en pasamanería ó bordados de colores, que jueguen con sus adornos ó dibujo. En cambio para los trajes de baile, estas caprichosas *cinturas egipcias* se harán de cordones de flores.

AURORA PEREZ MIRON.

INSTRUCCION.

LA ESTRELLA DE LOS MARES.

Es Córceja una bella isla, célebre por haber dado cuna al Gran Capitan del siglo, al invicto Napoleon primero. No necesitaba, sin embargo, de esta gloria para fijar sobre sí la atención del Universo, porque aunque solo tiene ochenta leguas de circuito, encierra cuantos dones puede ostentar una naturaleza pródiga y vigorosa.

Pero no quiero describiros sus montañas, cubiertas de bosques frondosísimos, y en cuyas cimas hay lagos transparentes mantenidos por las nieves detenidas entre sus riscos; no quiero hablaros de los mármoles, granitos, jaspes, y pórfidos que enriquecen sus canteras, ni del oro, la plata, el cobre, el hierro que guardan en profusion sus minas; no quiero hablaros de sus risueños valles, sembrados de flores,

de sus alegres sotos abundantes de caza, pero en los cuales no existe ni un solo reptil venenoso; no quiero hablaros, por último, de sus bellas ciudades, edificadas á la orilla del mar, y que se espejan en sus ondas, ni de su capital Ajaccio, que hallándose situada en un paraje en donde se cruzan las dos cadenas de montañas que atraviesan la isla, ostenta en sus alrededores las mas bellas y sorprendentes perspectivas, formadas por sus bosques de castaños, sus colinas cubiertas de viñedos, sus cascadas majestuosas, y sus límpidos arroyos que se deslizan entre el musgo de los prados.

No, no quiero hablaros de nada de esto, quiero tan solo describiros una maravillosa capillita llamada la *Estrella de los Mares*, y situada en la parte occidental de la isla, que está como suspendida sobre la espumosa superficie, sirviéndola de cimiento dos rocas salientes que se abrazan. Imposible es llegar hasta ella por la parte de tierra, pues las ro-

cas superiores están cortadas á pico, pero desde sus umbrales hay algunos escalones carcomidos, que descienden hasta el nivel de las aguas. Por lo demás si la cruz que ostenta en la cúspide, y una elíptica tosca de la Virgen que hay en su fachada, no revelasen su sagrado destino, podría tomársela por una choza cualquiera, pues sobre ser tan pequeña, cubren casi enteramente sus paredes las algas y plantas marinas.

Pero ¡cosa extraña! aunque los vientos transformen en montes de espuma las olas, aunque éstas se precipiten con furia sobre la playa, al llegar á aquel sitio se replegan respetuosas sobre sí mismas, y según cuenta la tradición, nunca jamás han llegado á salpicar los muros de la veneranda ermita.

Esta no se abre mas que una vez al año á la piedad de los fieles, y es el día de la Asunción de la Virgen, día de júbilo y regocijo para los habitantes de la isla.

Desde el alba, se abren de par en par sus puertas, y aparece su único altar adornado de flores y resplandeciente de luces.

A las nueve, un sacerdote celebra los divinos oficios, y entonces se cubre el mar de barquichuelas enguinaldadas, que se van situando las unas detrás de las otras, formando un semicírculo. Vénse en ella hombres, mujeres, ancianos y niños, vestidos de fiesta, que se inclinan humildemente y oran, terminando su oración con un cántico de alegría. La misma discordancia de las voces, la misma eterogeneidad de los sonidos, presta á aquel canto inspirado una magia indefinible, y nada es tan bello como el espectáculo que ofrecen aquellas barquillas aglomeradas; nada tan poético como aquellas preces, entonadas al aire libre, mientras el sol dora la extensión inmensa de los cielos.

Las olas temblorosas acarician los costados de las navicillas, perdida su inquietud y su fiereza; el aura agita blandamente las velas y gallardetes, y casi apenas se atreve á balancear las guirnalda de flores que adornan sus mástiles atrevidos.

Por otro milagro de la Providencia, en ese día suele estar siempre el cielo sereno, el mar en calma, y la naturaleza ostentando todos sus encantos.

Acabada la misa, las barcas llegan por turno hasta el pie de la capilla, depositan sus ofrendas en los escalones, cubiertos de musgo, y se alejan.

Hasta la noche dura la piadosa romería, pero cuando sobreviene la noche, es muy distinto el cuadro que ofrece á las miradas.

Abundan en Córcega los insectos fosfóricos, mucho mas luminosos que nuestros gusanos de luz, pues cinco ó seis juntos producen una claridad suficiente para leer y ejecutar las labores mas primorosas.

Así que las sombras enlutadas descienden á la tierra, empiezan á despedir una luz brillante estos insectos, colocados de intento entre los cabellos de las jóvenes, y entre las cintas y las flores que adornan las barquillas, produciendo una iluminación fantástica y movable, cuyo efecto es imposible imaginar ni describir con palabras.

Entonces los árboles de las orillas se cubren de una luz azulada, como si estuviesen sobrecargados de cristales ó frutas diáfanas, y son los insectos, que á propósito tambien,

se colocan entre sus hojas. Estas frutas ilusorias van presentando sucesivamente todos los matices del arco iris, pues á veces son azules, á veces sonrosados ó de color de púrpura. A veces tambien se amortiguan ó apagan enteramente, pero en breve vuelven á despedir nuevas centellas, y ya caen al suelo como una lluvia de oro, ya saltan otra vez de abajo arriba en hilos azules y de color de ópalo, ó bien se esparcen en el aire en forma de abanico.

No tiene Venecia iluminaciones mas bellas y caprichosas que esta; no tiene la moderna ciencia fuegos de artificio mas sorprendentes y variados.

Añaden nuevos atractivos á este cuadro magnífico, el cielo tachonado de estrellas, las ondas de plata, la brisa apacible, los coros armoniosos de los navegantes, que se alejan bogando lentamente.

Pero, ¿qué origen tuvo la piadosa romería? ¿quién fundó la Santa Capillita?

Hé aquí resuelto el enigma, tal como le resuelven los habitantes de la isla.

Vanina era esposa y madre; la mas feliz de las esposas, la mas dichosa de las madres. Y no era porque habitase un palacio, ni poseyese vastos campos, ni tuviese muchos rebaños. Vanina era pobre; su chocita, limpia y risueña, situada á la orilla del mar, no ostentaba mas adornos que las rosas y madre-selvas que cubrían las paredes; su marido era pescador, y solo poseía sus redes y su lancha. Pero el amor habitaba en la choza junto á Vanina, mecía la cunita de su niño; el amor seguía á Beppo á la playa, y tiraba por él las redes, que volvían á salir de las revueltas ondas llenas de peces brillantes y sonrosados. Y por las noches, cuando Beppo y Vanina estaban reunidos y saboreando su frugal cena, el amor, sentado á su pobre mesa, cantaba himnos de ventura y los acompañaba hasta el lecho nupcial, corriendo con mano pudorosa sus modestos cortinajes.

Pero no era el amor lúbrico y desordenado, sino el amor casto y sublime de los esposos cristianos.

El niño, único fruto de aquella dulce union, cumplió tres meses, y su piadosa madre quiso ir á ofrecerlo ante el altar de la Virgen, que se veneraba en un cercano templo. El templo descollaba sobre un alto promontorio, y la travesía por mar era mas corta.

Cuando la feliz esposa, con su niño en los brazos, entró en la barquilla, cuyo timon manejaba Beppo con sin igual destreza, el cielo estaba sereno, y las aguas parecían un límpido espejo; cuando volvieron de su pequeño viaje, negros nubarrones cubrían el firmamento, y las oleadas furiosas é imponentes envolvían el endeble barquichuelo. Los ecos siniestros de la tempestad resonaban con fragor horrisono, y el viento que en la playa arrancaba de raíz los árboles centenarios, no tuvo compasión de la frágil vela, pues rasgándola en mil pedazos, la esparció por la superficie negra de las aguas.

¡Ay de los tristes esposos! ¡ay de su pobre niño!

La barca, juguete de las olas tempestuosas, ya subía hasta el cielo, ya se hundía en los abismos, ya se ladeaba, como si quisiera desembarazarse de su carga, para correr en pos del viento que la arrebatava entre sus alas.

La noche era oscura, y solo los relámpagos y el rayo iluminaban la espantosa escena.

En la playa se veían correr multitud de luces, resonaban confusas voces. Eran sin duda los pescadores que volaban al socorro de los náufagos. Pero ¡ay, que las olas crecían! ¡ay, que el viento arreciaba! ¡ay, que llegarían sobrado tarde!

—¡Oh implacables ondas, gritó la madre desolada, no me arrebatéis á mi hijo!

Y de pié en la popa, con el traje en desórden, con el cabello esparcido, estrechando á su niño entre los brazos, parecía la imagen de la desesperación, disputando su presa á la borrasca.

Pero la borrasca aceptó el desafío; rasgáronse las nubes, y negras masas de agua se desplomaron sobre el zozobante barquichuelo; salieron los vientos impetuosos de sus antros, y destrozaron los restos de su mástil. Una oleada mas gigantesca que las otras, llegó, pasó, y arrebató al tierno infante entre su diáfano torbellino.

—¡Virgen bendita, estrella de los mares, salva á mi hijo! gritó la madre sin ventura.

Este fué su último grito.

La barquilla se destrozó, y los esposos cayeron al fondo del abismo.

¡Pero veinte barquillas surcaban ya las revueltas ondas, y los pescadores intrépidos salvaron á los náufagos! Condujéronlos á la playa.

—Mi hijo! mi hijo! exclamó Vanina, apenas recobró el uso de los sentidos.

Los pescadores volvieron al mar para arrebatarse su presa; pero en vano la buscaron en sus profundidades misteriosas, en vano las buscaron en los antros de la costa.

Brilló el sol, subió al cenit, volvió á esconderse en el ocaso, y el niño aun no había parecido.

Vanina no descansaba: loca, fuera de sí, desatentada, recorría la costa, invocaba la piedad del cielo, y suplicaba

á las ondas, ya mansas y apacibles, que la devolviesen siquiera el cuerpo de su niño!

De pronto se detiene, lanzó un grito de inefable júbilo, cae de rodillas, y dá gracias fervientes á la Virgen bondadosa. ¡Su hijo estaba allí, en el hueco de dos rocas salientes, que se abrazaban encima de las aguas! Las aguas tranquilas le arrullaban; los céfiros perfumados oreaban su frente: el niño sonreía, como si estuviese en su cuna, y tenía fijos los ojos azules en la bóveda del cielo, como si viese flotar entre las nubes una imagen bienhechora.

—Milagro! milagro! gritó la madre transportada de seráfica alegría.

—Milagro! milagro! repitieron los pescadores, que habían corrido á agruparse en torno de ella.

—¡La Virgen lo ha salvado! prosiguió Vanina con fé ardiente, gloria á la Virgen sacrosanta, gloria á la estrella de los mares!

—¡Gloria, gloria! repitieron á coro sus entusiastas compañeros.

Cogieron con santo respeto al hijo del milagro, lo llevaron en triunfo á la choza de sus padres, y fué Beppo quien por sí mismo construyó en el lugar del prodigio la modesta capillita, fué él quien labró la tosca imagen de la Virgen que se venera sobre su altar, fué Vanina quien la vistió con su traje de desposada, y la adornó con una corona de conchas y de flores.

¡Y allí está hace ya muchos siglos para atestiguar el milagro, allí está para despertar santas y dulces emociones en el alma de los Corsos.

¡Oh inefables y puras creencias del cristiano, feliz el que os alberga en su seno, feliz el que en la hora de la mundana borrasca alza los ojos al cielo, y busca en los espacios la salvadora *Estrella de los mares*!

ANGELA GRASSI.

LITERATURA.

EL TERREMOTO.

...est terra mota est
et petra scissæ sunt...
...y tembló la tierra,
y se hendieron las piedras...

S. Mateo, XXVII, 51.

¿Qué estruendo tenebroso, qué ronco torbellino,
Qué súbita tormenta comienzan á zumbar?
¿Se sale acaso el orbe del eje diamantino?
¿Los valles que lo enfrenan bramando rompe el mar?

Doquier en el espacio se ven profundas huellas
De angustia pavorosa, de lúgubre terror:
Su llama el sol estingue: relumbran las estrellas:
Los aires hiende el rayo, del trueno precursor.

En denso velo envuelven llanuras y montañas
Las nubes tenebrosas que arrastra el huracán:
Rugiendo el terremoto del mundo en las entrañas,
Hasta las altas cumbres bamboleano están.

Chocando unas con otras quebrántanse las peñas:
Los cedros centenarios descuaja el aquilon:
Las fieras aterradas huyendo de las breñas
Junto á los hombres rujen en torva confusion.

Los muertos que yacían en lechos funerales
Sus fuertes ligaduras comienzan á romper:
Saltando en mil pedazos las losas sepulcrales,
Del hueco de las tumbas resurgen por doquier.

¿Será que sobre el mundo viene el terrible juicio,
Que ya para él se apaga la postrimera luz?
¿Se cumple el sacrosanto tremendo sacrificio!
¿El buen Jesús espira pendiente de la cruz!

¡Inmenso horror! su muerte pregonan tierra y cielo:
Y en nueva maravilla, de tanto asombro en pos,
Del templo en dos girones se rasga el sacro velo,
Y los gentiles claman: «¡El Hijo era de Dios!»

¿Y tú, ciudad deicida, no tiembles con espanto?
¿Y así ciegos y enjutos tus ojos aun se ven?
¡Ay, que te aguarda sólo dolor, viudez y llanto!
¡Ay de tí y de tus hijos, infiel Jerusalem!

ANTONIO ARNAO.

LA CRUZ DEL OLIVAR.

(CONTINUACION.)

María salió á la cocina, y en efecto, allí estaba Manolo hablando con el guarda que iba á sustituir á Mauricio.

—¿Te vas? la dijo con tristeza, saliéndose á la puerta para que no se enterasen de su conversacion.

—Así parece; ¿quién te lo ha dicho?

—Por todo el pueblo se sabe ya; apenas llegó á mis oídos cuando he venido á informarme de tan triste nueva.

—Me alegro que hayas venido Manolo; así tendré el gusto de despedirme de tí.

—¿Pero no me darás ni una esperanza? ¿Quieres que te vaya á ver?

¡María bajó los ojos! le dolía ver la profunda pena que se pintaba en el rostro franco y bonachon del pobre muchacho.

—¿No me respondes? ¡Hace tanto tiempo que suspiro por conseguir tu cariño!...

—Ya lo sé, Manuel, y puedes creer que te aprecio con toda mi alma!

—¿Pero consentirás en ser mi esposa? Te iré á buscar donde quiera que vayas.

—¡Ah! yo no me casaré nunca sino con el hombre que me inspire una pasión profunda.

—Y yo solo te inspiro desden.

—Te quiero como á un hermano; y te prometo que si con la ausencia se robustece este afecto, si conozco que puedo hacerte feliz, te enviaré á llamar.

—¿De veras? ¡Ay! ¡qué triste esperanza! Si viéndome todos los días no puedes amarme, ¿qué será estando ausente?

—¿Quién sabe si ahora me hará tu misma madre cobrar-te aversion!... Ella me desprecia, y esto francamente, no puede menos de irritarme.

—El día que me llames te prometo que irá mi misma madre á pedir tu mano, y no te ofenderá.

—Gracias, amigo mío; te aseguro que no podré olvidar tu noble comportamiento.

El pobre muchacho, que tenía un corazón bellissimo, estuvo con ellas hasta que concluyeron sus preparativos y las vió marchar.

Iríamos por el pueblo para que nos vean en coche y rabie la envidiosa de la tía Chiripa, dijo la vieja.

—No, madre mía, vámonos por este camino; los alardes

de vanidad perjudican mas al vanidoso que al envidioso, dijo María subiendo al carruaje.

—Yo no sé donde ha aprendido esta chica tantas lilailas; sabe mas que un libro... y el caso es que siempre tiene razon, repuso Macrina encogiéndose de hombros.

Poco despues perdian de vista el famoso olivar: al pasar por la cruz de piedra, mandó María detener el coche, y apeándose, fué á ponerse derodillas ante aquel símbolo del cristianismo.

Oró algunos minutos con fervor, luego enjugándose una lágrima que le arrancaba la dolorosa partida de unos sitios que amaba tanto, volvió á subir al coche.

El pesado vehículo se alejó á lentos pasos.

Manolo, que las habia seguido de lejos, llegó y se arrodilló tambien delante de la cruz.

—¡Oh! ¡Dios mío!... exclamó levantando los ojos al cielo. ¡Hacedla dichosa!...

Muchas horas pasó en aquel sitio, donde ella acostumbraba á ir todos los días á rezar.

Era ya completamente de noche, y aun creia distinguir entre las sombras del crepúsculo el coche que se llevaba al ídolo de su corazón.

V.

La familia del Marqués.

En las inmediaciones de un pueblecito, situado á corta distancia de Madrid, tenía el marqués del Torrente su magnífica quinta, que era una inmensa y deliciosa posesion, donde pasaban casi todo el año, exceptuando los meses rigurosos de invierno; es decir, la anciana Marquesa preferia la tranquilidad del campo, pero el Marqués, jóven y soltero, pasaba en la corte largas y continuas temporadas.

En la estacion á que nos referimos, la primavera, tenían los jardines y las alamedas muchos encantos, y sea por esto, ó porque la familia del conde de Lilo estaba de temporada en su palacio de Quintanilla, que así llamaremos al pueblo, lo cierto es que la Marquesa viuda se veia rodeada de sus dos hijos, Sebastian, que era el Marqués, y Enrique, el mas pequeño.

La quinta presentaba un golpe de vista admirable; rodeada de frondosísimas alamedas y jardines, se destacaba en el centro como una blanca paloma en un campo de verdura. Tenia dos pisos, bajo y principal; en el primero tenían la capilla, salones de recibo, las habitaciones de la Marquesa y de Enrique, y el comedor. El segundo, nuevamente decorado y amueblado, segun el gusto moderno, estaba dispuesto para la jóven y bella Ada, hija del conde de Lilo, que estaba prometida al marqués del Torrente, y cuya boda debia efectuarse en seguida que la jóven cumpliera los quince años, y la faltaban ya muy pocos dias. En el mismo piso principal tenia el Marquesito su cuarto, con balcones á los jardines, y una escalera secreta que comunicaba con unos sótanos, los que tenían salida al campo y á la huerta.

Todo era alegre y risueño en esta feliz mansion, donde se albergaba una señora angelical, y dos jóvenes igualmente nobles y pundonorosos.

Enrique era milltar y acababa de llegar á la quinta con una licencia de seis meses; hacia seis años que no había visitado á su familia.

Era por la tarde; un sol diáfano y puro, sol de primavera, brillaba en el hermoso azul del cielo, y penetrando en el saloncito de la Marquesa por las entreabiertas persianas, iluminaba un bello cuadro. Esta señora, que tendria unos sesenta años, estaba sentada delante de un velador, y se entretenia en hacer una labor de aguja. Iba vestida de negro y llevaba una gorra de encaje, negra tambien, con lazos lila, por cuyos lados se escapaban los blancos tirabuzones de su cabellera, bastante abundante, aunque completamente cana. Su fisonomía, bondadosa y dulce, tenia un encanto inesplicable, y sobre todo sus negros ojos, donde se leía el talento y la viveza, demostraban la bondad de alma y toda la felicidad que disfrutaba la anciana Marquesa.

Así como hay criaturas muy desgraciadas en la tierra, tambien las hay muy felices, y ésta era una; el único pesar de su vida fué el fallecimiento de su marido que la adoraba; pero la quedaron dos hijos, modelos de caballeridad y de nobleza, que jamás la habian dado un disgusto, y que la obedecian sin replicar hasta en sus menores caprichos.

—Has descansado, hijo mio, dijo á Enrique, que se presentó en el saloncito, y fué en seguida á depositar un beso en la frente de su madre.

—Perfectamente, mi querida mamá; me levanté algo tarde y despues escribí algunas cartas, por eso no he tenido el gusto de almorzar con Vd. y con mi buen hermano; y á propósito, ¿dónde se encuentra éste?

—Habrás ido á ver á su prometida; como están ahora en Quintanilla, á tu hermano se le va el dia en ir y venir, dijo la Marquesa.

—¿Con qué al fin se hará la boda? ¡Ah! tengo muchos deseos de ver á la encantadora Ada; cuando yo me marché al ejército hace seis años era una niña preciosa.

—Nueve años tendria entonces; ahora va á cumplir quince, y en seguida que los cumpla se casarán.

—¿Y la Condesa se conserva bien?

—Muy delicada, y siempre triste; la pobre señora, desde que tuvieron aquella desgracia cuando iban desterrados á Francia, no ha vuelto á tener momento de felicidad.

—¡Pobre señora! Me voy á ir á verla; de seguro que no me conoce.

—Hoy los he convidado á comer y no tardarán en venir; seguramente que habrá ido Sebastian á buscarlos.

—¡Ah! no, madre mia; Sebastian está allá abajo, le estoy viendo desde aquí atravesar aquella calle de tilos y va con una jóven muy esbelta. ¿Si será Ada? dijo Enrique asomándose á la ventana.

—Puede ser, dijo la Marquesa.

—¡Ah! voy á su encuentro, exclamó el jóven, tomando el sombrero que habia dejado sobre el velador, y dirigiéndose en seguimiento de su hermano.

—Enrique era un bello jóven, y enteramente diferente al Marqués en figura y en carácter; tenia estatura regular, mas bien baja que alta, delgado y de maneras distinguidas, con mucha soltura y marcialidad; tez morena, barba y cabellos negros, y ojos negros tambien; pero grandes, rasgados, llenos de dulzura y sentimiento.

Debia ser su alma muy bella, por la apacible calma de su fisonomía, y por la sonrisa, siempre plácida y benévola que se dibujaba en sus lábios sombreados por un poblado y sedoso bigote.

Sebastian por el contrario, era de estatura elevada y elegante, cabello castaño y ojos pardos, grandes y hermosos, que relampagueaban á menudo, encendiéndose á la menor contrariedad, porque tenia un génio fuerte y altivo, aunque su corazon era bueno y generoso; pero acostumbrado á los agasajos de todos, por ser el primogénito y haber permanecido siempre en la casa, mientras su hermano seguia la carrera militar, se habia dejado dominar por sus impresiones, y no acostumbraba á ceder nunca en sus caprichos ó en sus deseos.

Ambos hermanos se amaban tiernamente, porque habiendo vivido separados, no habian tenido motivos de discordia, y su buena armonia encantaba á su madre, que los queria á los dos con igual estremo.

Sebastian estaba efectivamente en el jardin, pero no era Ada la que le acompañaba, sino María, la hija de Mauricio.

Estaba ésta entretenida en formar un ramo, que llevaba todos los dias al cuarto de la Marquesa. Con el delantal lleno de flores se habia sentado en un banco y las iba colocando. El Marqués estaba de pié enfrente de ella, con los brazos cruzados, y mirándola con una espresion sombría y dolorosa al propio tiempo.

—¿Con qué te empeñas en no corresponderme? la decia.

—Por piedad, señor Marqués; yo suplico á Vd. que no vuelva á pensar en eso; yo le aprecio á Vd. con toda mi alma, estoy muy agradecida á sus bondades y á las atenciones que he debido á su señora madre, y de ningun modo aceptaré las proposiciones de Vd., aunque supiera morir mañana de miseria y de pesadumbre.

—¡Oh! tú quieres volverme loco, y te aseguro, María, que no respondo de mí.

—¿Para qué nos ha traído Vd. á esta quinta? Allí en el monte, y lejos de mí, hubiera Vd. conseguido olvidarme, y no me haria sufrir tanto como sufro, dijo María con los ojos húmedos.

—¿Vas á llorar? exclamó el Marqués sentándose á su lado.

—Le aseguro á Vd. que es bien grande mi tormento; desde que vinimos estoy continuamente escuchando sus declaraciones, y no puedo conseguir que desista de su empeño.

—Es que no puedo, María; es que te amo con todo mi corazon; es que yo no sé por qué especie de magia te has introducido en mi alma; á todas horas te veo, y donde quiera que me encuentre, aunque sea rodeado de las mayores diversiones, siempre estoy pensando en tí.

—Bien; me marcharé de la quinta, me iré á Tórtola, usted debe casarse en breve, y yo no debo permanecer aquí; por ningun concepto consentiré que Vd. falte á sus deberes.

—¡María!... no hables por Dios de marcharte, ni me hables de Ada, ni de mi malhadado casamiento.

—Pero fuerza será que se efectúe...

—Jamás; yo no puedo amar á ninguna mujer mas que á tí.

—¡Eso es una locura!... un empeño vano.

—Será lo que quieras; pero te juro á fé de mi nombre, que no me casaré con Ada.

En los ojos de María brilló un relámpago; su corazón se estremeció, y tuvo necesidad de ocultar la cara entre las manos; tal era su emoción. Amaba á Sebastian con toda su alma, y tenía que esconder aquel amor en lo mas profundo de su pecho. ¡Ah! la pobre niña no quería ni aun dejárselo adivinar al hombre que se lo inspiraba, y que tan loco estaba por ella.

Después de un instante de silencio, María levantó la cabeza y dijo:

—Bien; si Vd. se empeña en no casarse, cuando ya está comprometido y arreglada la boda para dentro de quince días, yo me marcharé de la quinta; me iré sola, por ahí donde Dios me dé á entender, y no volverán ni Vd. ni mis padres á saber jamás de mí.

—¿Y por qué, ingrata? ¿por qué nos abandonarás de esa manera? ¿Cuál es mi delito?

—Pretender un imposible.

—¿Y por qué es imposible? porque se opone tu voluntad, porque no me amas, y te gozas viéndome sufrir de un modo horrible?

—Yo no puedo amar á Vd., ni debo... ni quiero amarle.

—Sebastian.... Sebastian... ¿dónde estás, hermano? muéstrame á tu prometida, la hermosa Ada; dijo Enrique, penetrando por entre el ramaje hasta el sitio en que se hallaban los dos jóvenes.

—Ahora iremos á Quintanilla, hermano, dijo el Marqués; estoy esperando á que María concluya de hacer este ramo.

—¿Para llevarse á Ada? preguntó Enrique.

—Sí señor, se apresuró á contestar María; el señor Marqués me estaba diciendo que le concluyese pronto, porque tiene deseos de llevar este recuerdo de amor á su prometida; pero, ya está, héceme aquí; y bien hermoso que ha salido; elegí á propósito las flores mas bellas.

—Efectivamente, es precioso; dijo Enrique.

—Tómele Vd., repuso María, levantándose y sacudiendo las hojas y las flores sobrantes que habían quedado en el dantal.

—Llévasele tú, Enrique, le agradecerá mucho de tu mano, dijo el Marqués.

—Ahora voy á buscar mas flores, y haré otro para la señora Marquesa; exclamó María, separándose de los dos hermanos.

—¿Quién es esa encantadora joven, dijo Enrique.

—Una pobre niña, hija del guarda mayor de la quinta; ¿verdad que es muy bella?

—¡Oh, admirable! no he visto criatura mas divina; exclamó Enrique con entusiasmo.

—Vamos á ver si dices lo mismo de Ada; dijo el Marqués enlazando su brazo al de su hermano, y quedándose pensativo, mientras se dirigían á Quintanilla.

(Se continuará.)

FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

MEDITACION.

Señor, á tí levántase mi mente,

A tí, que eres mi guía:

¿Adónde hallar de amor mas pura fuente

Pudiera el alma mía?

Bajo la sombra de su níveo velo

La Fé mi pecho inflama,

Y bálsamo suave de consuelo

Benigna en él derrama.

Mi espíritu arrebatada de la tierra,

Y en célicas regiones,

Bajo su aliento mágico destierra

Mundanas aflicciones.

Por ella, oh Dios, tú sello soberano

Doquier impreso veo,

Y al bendecir las obras de tu mano

En tus promesas creo.

Que el que formó con poderoso acento

Los orbes de la nada,

No vano pudo hacer el sentimiento

Del alma desterrada.

Y este anhelar que nuestra mente agita

En perennal desvelo,

Es de la eternidad la voz que grita:

«Tu morada es el cielo.»

Soberano Hacedor, tu fé descienda,

Y en santo desvarío,

En sus alas á tí fervido ascienda

El pensamiento mio.

ANTONIA DIAZ DE LAMARQUE.

LAS SIETE PALABRAS.

En la noche del sábado último tuvo lugar en el Salon del Real Conservatorio de música y declamación la sesión extraordinaria que la *Sociedad de cuartetos* celebraba á beneficio de la Asociación Artística musical de Socorros mútuos.

A la novedad de ejecutarse la inmortal obra de Haynd, *Las siete palabras*, tal y como la compuso el célebre maestro por encargo de un sacerdote de Cádiz, para un cuarteto de instrumentos de cuerda, que tocaron admirablemente en esta noche los Sres. Monasterio, Perez, Lestán Pló y Castellanos, había que añadir, como cosa inusitada, que á cada una de las palabras de la música acompañaba la correspondiente del paráfrasis compuesto para esta ocasión, y con objeto tan filantrópico por el Sr. D. Antonio Arnao, leída por el mismo en los intermedios.

El Sr. Arnao, que es uno de nuestros primeros poetas en el género lírico, y sobresale aun mas en el religioso, supo dar á su lectura una entonación sonora á la par que

severa, propia del sentimiento que le inspiraba, que dejándose oír clara y distintamente en todos los ángulos del salón conmovió visiblemente á la distinguida reunion que le escuchaba con respetuoso silencio.

La concurrencia, que era todo lo numerosa que permitía el local, se componía de lo mas selecto de la sociedad madrileña en la aristocracia, las letras y las artes. Las señoras, entre las que se contaban algunas pertenecientes al cuerpo diplomático, vestían con el mejor gusto, aunque con la modestia que exige una solemnidad artístico-literaria, que por su género era verdaderamente un concierto sacro.

Esto no impidió que así la música como la letra fuesen calorosamente aplaudidas diferentes veces, y se hiciese repetir la sétima palabra.

Esta funcion dejará gratos recuerdos en los que tuvieron el buen gusto de asistir á ella, y creemos que la mayor

parte de los concurrentes diría para sí lo que oímos de los labios de una ilustre dama extranjera, que es hoy una de las mas escogidas flores que perfuman nuestros salones: *¡Oh, quelle charmante soirée!*

El poema del Sr. Arnao *Las siete palabras*, del cual hemos tomado como la mas corta la poesía que verán nuestros lectores en otro lugar, *El terremoto*, contiene, como dice el informe de la Vicaria eclesiástica en su aprobacion, el mérito especialísimo de una consonancia tan excitante como piadosa, eficacia de doctrina, viveza de imágenes, agradables formas é irresistible unción para aficionar los corazones al amor de Jesus crucificado.

En este concepto recomendamos á nuestras lectoras su adquisicion como lectura propia de estos santos dias, y agradable á la vez que devota en los demás del año. Se vende á 4 reales, en la librería de Durán y algunas otras.

PEDRO DE VERA.

MODAS.

Esplicacion del Figurin de peinados.

Peinados de sociedad.

Núms. 1 y 2. *Peinado* compuesto de cocas y grupos de sortijillas postizas.

Abrese raya de una á otra oreja, y se divide el pelo de cada rizo en cuatro partes, haciendo con la mas baja un bandó vuelto hácia arriba en la sien; dos cocas ó retorcidos perpendiculares con las dos que siguen, y erizon ondulado con la superior: por detrás lleva moña natural ó postiza, compuesta de cocas con crepé tambien; y ya solo falta fijar dos tirabuzones postizos á la izquierda, que figuran salir de la última coca, y grupos de sortijillas á la frente y en los huecos del peinado, que va además adornado de joyas y sargas de perlas.

Núm. 3. *Peinado* de erizon, cocas y castaña por detrás.

Se obtiene este peinado abriendo raya transversal en medio de la frente, y se reparte el pelo de cada rizo en cuatro retorcidos, entre los que se coloca un rizado de color de rosa, igual á la mariposa del mismo crespon que ocupa el centro: por detrás se hace una doble castaña de cocas, y se rocía ligeramente la cabeza con polvo blanco ó de escarcha.

Núms. 4 y 5. *Peinado* de medio erizon y cocas por toda la cabeza.

Ejecútase este peinado, abriendo raya de una á otra oreja, y repartiendo el pelo de adelante en siete partes, mayor la del centro, con la cual se hace un medio erizon derecho, y luego con las otras tres retorcidos á cada lado, retorciéndolas hácia arriba: el pelo de atrás se reparte en numerosas mechas, con las que se hacen otras tantas cocas sostenidas con crepé, que redondean la cabeza, y si el cabello natural fuera escaso, se aumentará con postizo al tronco. Adorna el peinado un tirabuzon á la derecha, cinta entrelazada, que se anuda en largos cabos por detrás, sargas de perlas por delante, y rosas sueltas en los huecos de las cocas.

Esplicacion del pliego de Dibujos y Patrones.

NUM. 1. *Cenefa*, para falda interior, bordada con *trencilla*.

NUMS. 2 y 3. *Cuello y puño*, bordados á *pespunte* y *punto ruso*.

NUMS. 4, 5 y 6. *Modelo para caja de juego*, se borda sobre un fondo de paño oscuro con aplicaciones de paño de colores, que figuran las cartas y fichas, cosiéndolas al fondo á punto *Méjico*, con seda igual al paño que se aplique: las cartas son blancas bordadas de seda, la cenefa de alrededor se ejecuta á punto *Méjico*, y el entredos que sirve de canto á la caja, con aplicaciones de paño, para formar los palos y cordoncillo. El núm. 4, es el canto, el 5, la tapa, y el 6 la caja concluida y armada en carton.

NUMS. 7 y 8. *Cuello y puño* bordados á punto *Méjico* y *ruso*.

NUM. 9. *Esquina* de pañuelo, bordado al *pasado* con entredos de aplicacion.

NUM. 10. *Esquina*, bordada á *feston*, para ropa de cama.

NUM. 11. *Pañuelo*, calado y bordado á *plumetis*.

NUMS. 12 y 13. *Cenefas* ricas, para faldas interiores, bordadas con *trencilla* y aplicaciones de lana ó terciopelo.

NUMS. 14 y 15. *Cenefas*, bordadas á *plumetis*.

NUMS. 16, 17 y 18. *Escudo y nombre*, bordado á *plumetis*.

El patron que va á la espalda es de un *paletot* de cachemir, bordado con *trencilla* y cintas perladas de azabache: su manga es perdida, y cada una de las piezas lleva el dibujo para bordar que le corresponde; las piezas son: Número 1. *Delantero*.—Núm. 2. *Costadillo*.—Núm. 3. *Espalda*.—Núm. 4. *Manga*.

Por lo no firmado: el Director
y Editor propietario, P. J. de la Peña.

MADRID.—1867.
IMPRENTA DE M. Campo-Redondo.—OLMO, 14.